

Víctor Hugo Valdovinos Pérez*

Una pintura rupestre del periodo Prehistórico tardío (700-1600) en el norte de Tamaulipas

Las recientes investigaciones en el norte de Tamaulipas han incrementado el cuerpo de datos sobre los grupos humanos que habitaron el área durante los últimos 9000 años AP. Entre la gran cantidad de información recuperada durante los trabajos del Salvamento Arqueológico Corindón Reno Sur 3D, está la localización de algunas cuevas con evidencias de manifestaciones gráfico-rupestres (pinturas y petrograbados), de las cuales una de ellas llama la atención por presentar elementos que permiten identificarla como perteneciente al periodo Prehistórico tardío. La información proporcionada por la pintura, junto con la evidencia arqueológica sugiere que tal pintura fue elaborada durante un periodo que marca el constante nomadismo de los grupos cazadores-recolectores, sobre todo hacia el momento posterior en que Cabeza de Vaca cruzara por el área del Río Bravo.

Recent archaeological research in the north of Tamaulipas has revealed significant information on the several groups that have lived there for the last 9 000 years. Among the information obtained as a result of the project Corindón Reno Sur 3D is the location of several caves with prehistoric petroglyphs and paintings. One of these paintings shows distinctive elements that allow us to classify it as a manifestation of the late prehistoric period. The image, in association with archaeological evidence, suggests that it was created during a period of constant nomadism by hunter-gatherer groups, around the time after Cabeza de Vaca crossed through the Río Grande area.

Muchas de las cuevas del norte del país fueron utilizadas por distintos grupos prehispánicos para enterrar a sus muertos (Martínez del Río, 1956), como en el caso de las cuevas mortuorias de La Candelaria y La Paila, en el Bolsón de las Delicias (Aveleyra, 1956a, 1956b; González Arratia, 1999; Romano, 2005; Romano, *et al.*, 2005); la Cueva del Agua en Cuatro Ciénegas (De la Rosa, 2006), y las de San Lorenzo, El Coyote, Acatita y Monclova (González Arratia, 2006) —todas ellas en el sur de Coahuila—. Más al Norte, en el vaso de embalse y área circunvecina de la Presa de la Amistad, varias cuevas fueron habitadas en forma temporal por grupos de cazadores-recolectores; algunas de ellas cuentan con pinturas rupestres en mal estado de conservación y sencillos petrograbados asociados a morteros excavados en la roca (González Rul, 1990). Al noroeste del estado también se han reportado varios sitios, entre ellos las cuevas de La Mano del Indio, La Lupe, La Borrada, Cañón del Gringo, El Gatunal, Cañón del Lobo (Sayther y Stuart, 1998), San José de las Piedras y El Caído

* Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH [miquiztlitacalash@hotmail.com]. Agradezco al arqueólogo Gustavo Ramírez, por permitirme utilizar los materiales que constituyen la información base de este trabajo, así como a los compañeros arqueólogos Diana Radillo y Carlos Pérez, por la atenta lectura del borrador y sus comentarios, y a Gabriela Medina, por la traducción del resumen al inglés.

(Turpin y Eling, 2006). Otras cuevas con evidencias de ocupación, restos óseos y/o manifestaciones gráfico-rupestres han sido estudiadas en Nuevo León, tal es el caso de Cueva Ahumada (Corona, 2001), La Morita II (Valadez, 2007) y el sitio Loma del Muerto (Rivera, 2007).

En otros casos, dentro de las cuevas se conservan como evidencia principal pinturas y petrograbados, ya sea en paredes o techos. Asociados a tales manifestaciones, cerca de la línea de go-teo, o bien en las inmediaciones de la entrada, se han encontrado artefactos tales como puntas de proyectil y escasos desechos de talla (Ramírez, *et al.*, 2003; Valdovinos, 2002). En el área de confluencia de los ríos Salado y Bravo, en la frontera norte de Tamaulipas, recientemente se localizaron algunas cuevas con evidencia de haber sido utilizadas específicamente para plasmar manifestaciones gráfico-rupestres; el estudio de estas pinturas monocromas y petrograbados aún esta en proceso.

Además, en Tamaulipas ya se habían documentado otras cuevas y abrigos rocosos con pinturas rupestres: algunas fueron localizadas por Richard S. MacNeish en la Sierra de Tamaulipas; cerca de San Antonio Nogalar, Stresser-Péan localizó pinturas en el Risco de los Monos, cuyos diseños consisten en representaciones de jinetes a caballo, figuras antropomorfas y algunos diseños no geométricos. Las pinturas fueron atribuidas a los mariguanes y datan de los siglos XVI-XVIII (Stresser-Péan, 1990); por sus elementos corresponden al periodo histórico de la cronología de Texas (Turner y Hester, 1999). En estas pinturas aparecen plasmados los primeros españoles vistos por los indios de la Sierra de Tamaulipas durante la primera mitad del siglo XVIII; este contacto se deriva del primer reconocimiento de la región que realizara José de Escandón en 1747, territorio que conquistaría pocos años después y sería conocido como Colonia del Nuevo Santander (Ramírez, 2007b: 160).

Otras cuevas documentadas son La Peñita, en el municipio de Gómez Farías, y Los Portales, en municipio de Melchor Ocampo; asimismo, en otros abrigos rocosos del centro y norte de Tamaulipas se observan escenas que pare-

cen representar a los chamanes y sus estados alterados de conciencia (*ibidem*: 77, 78 y 91).

Las pinturas más cercanas a las encontradas en la rivera sur del río Bravo se encuentran en el Cañón de Santa Olaya, municipio de Burgos, y comprenden más de 300 conjuntos pictóricos con temas y motivos diversos (Ramírez, *et al.*, 2006). Los primeros estudios han identificado que en tales diseños predomina el estilo pictórico Chiquihuitillos (Radillo, 2007).

La evidencia presentada en este trabajo busca dejar en claro que la pintura descrita más adelante fue elaborada durante el periodo Prehistórico tardío (700 a 1600), de acuerdo con la cronología de la prehistoria en Texas (Turner y Hester, 1999), un área geográfica que indudablemente comparte los mismos rasgos culturales con el noreste de México (Suhm, Krieger y Jelks, 1954; Ramírez, 2003,) como ha podido constatar en varios trabajos de investigación realizados en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Investigaciones arqueológicas en el área

El área donde se localiza la cueva se ubica al noreste de Antigua Ciudad Guerrero, a poco más de 3 km de la rivera oriente del río Bravo o Grande. Esta zona de la frontera cuenta con escasos trabajos arqueológicos —en contraposición con diversas incursiones ilegales de aficionados texanos, que han saqueado ésta y otras áreas del noreste de México.

El primer trabajo de arqueología sería realizado por Luis Aveleyra Arroyo de Anda en 1950, que ante la inminente construcción de la Presa Internacional Falcón llevaría a cabo un reconocimiento de superficie en la zona del vaso y la cortina de esa obra hidráulica, cuyos resultados publicaría un año después (Aveleyra, 1951). Se reportaron ocho localidades con material arqueológico, de las que se obtuvo una importante colección de 784 artefactos de piedra y uno de concha. Con base en el estudio de esos materiales llegó a la conclusión de que el área había

sido ocupada por cazadores-recolectores seminómadas entre los siglos XIII y XVIII (Aveleyra, *op. cit.*: 54-57), y desde entonces reconoció la existencia de afinidades culturales entre el área recorrida y el sur de Texas, pues las puntas de proyectil correspondían tipológicamente con las recuperadas por arqueólogos estadounidenses del otro lado del Bravo y con varios sitios y cuevas tierra adentro.

Por otra parte, en ese año y los siguientes diversos investigadores de Estados Unidos realizaron varios recorridos en el vaso ubicado del lado de Texas, localizando varios sitios prehispanicos y posteriores al contacto detectaron restos óseos acompañados de ofrendas, pero sin reportar la existencia de cuevas o pinturas (Hartle y Stephenson, 1951; Cason, 1952).

Tras casi medio siglo de mantenerse al margen de la investigación arqueológica en México, el área sería intervenida nuevamente cuando fue elegida para un estudio geosísmico tridimensional por parte de Petróleos Mexicanos (Pemex), para determinar si la región era susceptible de contar con reservas de hidrocarburos (Ramírez, 1999). Las tareas de salvamento fueron realizadas por personal del recién creado (1995) Centro INAH-Tamaulipas.

El Salvamento Arqueológico Velero-Jaujal, a cargo del arqueólogo Gustavo Ramírez, comprendió un recorrido de superficie en una zona de poco más de 33 km de largo por 12 km de ancho, que comprendía desde Antigua Ciudad Guerrero hasta Nueva Ciudad Guerrero. En algún punto esta superficie y la reconocida por Aveleyra se traslaparon (Ramírez, *op. cit.*: 1), y en toda la zona se localizaron poco más de 12 500 piezas de material lítico; además, el hecho de contar con una importante colección de puntas de proyectil y otros artefactos permitió dejar en claro que existían relaciones culturales entre el sur de Texas y el área de la Presa Internacional Falcón, pues en lo que a tipología de artefactos se refiere la establecida en Texas ha comprobado ser sumamente aplicable al estudio de dichos materiales, como muestran los resultados preliminares de su estudio (Ramírez, 1999; Pérez, 2001, 2002). Este trabajo planteó importantes líneas de investigación, mas por

falta de personal y de presupuesto no han podido realizarse.

En la primera mitad de 2006 se realizó un recorrido sistemático por la región norte de la zona explorada por Aveleyra y Ramírez. El Salvamento Arqueológico Corindón Reno Sur 3D, bajo la dirección de Gustavo Ramírez, fue un estudio intensivo en el que se registraron 1 104 sitios, además de que se recuperó una gran colección de materiales líticos y una cuenta de concha. Entre los primeros figura una importante muestra de puntas de proyectil, raspadores y cuchillos. La clasificación de los materiales líticos corroboró las afinidades culturales existentes entre el norte de Tamaulipas y el sur de Texas (Valdovinos *et al.*, 2006). Un hallazgo relevante, dada la rareza de su existencia en la zona de la Presa Falcón, fue haber localizado por primera vez varias pequeñas cuevas con expresiones gráfico-rupestres en su interior, así como escaso material lítico (Ramírez *et al.*, 2006; Valdovinos, 2006). Otro hallazgo destacado fue el entierro prehispanico localizado en la margen norte del río Salado, para el que los primeros estudios antropofísicos muestran que corresponde a un individuo de sexo femenino, dolicocefalo, y que puede compararse con los ejemplares de la cueva La Candelaria (Serrano, Montiel y Ramírez, 2006; Aveleyra, Maldonado y Martínez, 1956; Romano, 2005).

Entre otros trabajos realizados en áreas relativamente cercanas a la presa, destaca un recorrido de superficie —realizado en 1998 por personal de la Dirección de Salvamento Arqueológico— entre Monterrey, Nuevo León, y Mier, Tamaulipas; como parte de sus resultados destacan poco más de veinte sitios y una importante colección de artefactos líticos. Una vez más, la clasificación de las puntas de proyectil corroboró las semejanzas culturales ya señaladas. La intervención consideró la excavación mediante pozos de sondeo, pero no fructificaron (Parra, 1998).

En los primeros años del presente siglo, el proyecto para generar líneas de alta tensión por parte de la Comisión Federal de Electricidad permitió recorrer una zona hasta entonces no reconocida por el INAH. El salvamento partió de Arro-

yo Coyote, en Nuevo Laredo, Tamaulipas, hasta Río Escondido, Coahuila. Bajo la dirección del arqueólogo Gustavo Ramírez, en este recorrido sistemático se registraron 72 sitios correspondientes a grupos de cazadores-recolectores. De ellos, tres contaron con manifestaciones gráfico-rupestres en pequeñas cuevas y abrigos rocosos (Valdovinos, 2002; Ramírez *et al.*, 2003; Ramírez, 2007a). En ese trabajo también se registró una importante colección de artefactos líticos, y una cuenta de concha. La identificación y clasificación inicial de este material dejó ver que varios sitios —sobre todo los ubicados en Tamaulipas y Nuevo León— presentan un utillaje lítico culturalmente similar al recuperado en los trabajos antes mencionados, y que pueden identificarse como pertenecientes a los focos Falcón (5 000 a. C.- 500/1000 d. C.) y Mier (500/1000 d. C.- época del contacto); dichos rasgos son característicos del suroeste de Texas y el norte de Tamaulipas, de acuerdo con Suhm, Krieger y Jelks (1954). Otros sitios, sobre todo en Coahuila, mostraron semejanzas y diferencias importantes en lo que a la tipología de artefactos concierne, con materiales culturalmente identificados para el Foco Pecos (Valdovinos, 2002; Ramírez, 2007a), que temporalmente corresponde al final del Arcaico en el Bajo Pecos (Suhm, Krieger y Jelks, 1954; Turner y Hester, 1999).

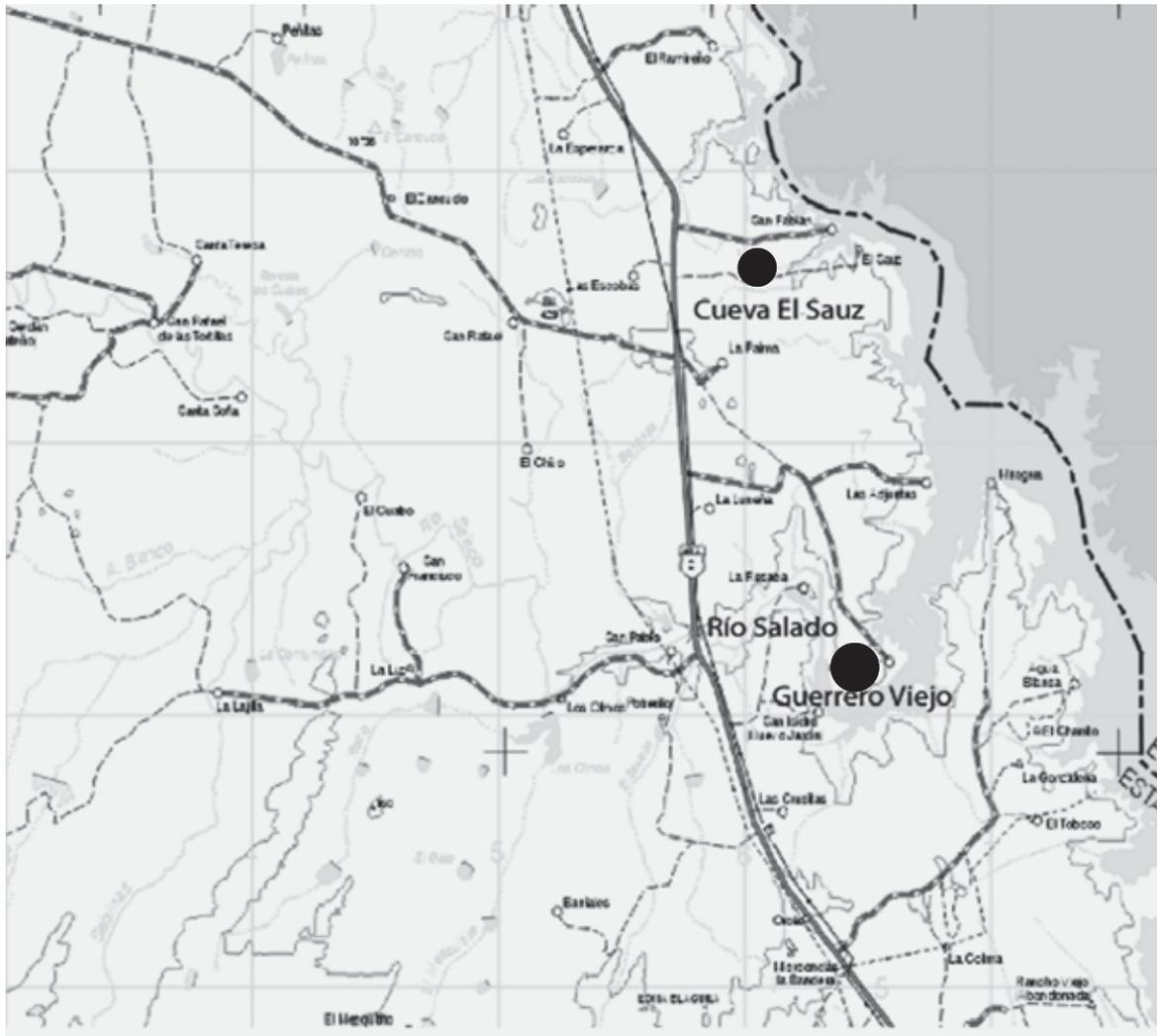
Por desgracia, tanto aficionados como saqueadores han realizado un mayor número de intervenciones, y con técnicas arqueológicas de superficie y excavación han sacado del país importantes colecciones de artefactos en piedra, concha, hueso, metal y restos bioculturales o entierros humanos. Dichas incursiones se intensificaron durante las últimas décadas del siglo pasado, y actualmente continúan llevándose a cabo. Un área gravemente afectada en ese sentido abarca desde la Presa Internacional Falcón hasta el norte de Guerrero Viejo, incluida la confluencia de los ríos Bravo y Salado, así como ambas márgenes del primer afluente. Entre otros, destacan los hallazgos de más de una decena de entierros humanos, los cuales en varios casos contaron con ofrendas compuestas por puntas de proyectil, collares de cuentas de concha y hue-

so, pendientes en concha y piedra caliza, artefactos en hueso, algunas pipas de piedra, y un par de rocas con huellas de abrasión, derivadas del enderezamiento de astas de flecha. En algunos sitios estos objetos han estado asociados a puntas de proyectil del periodo Prehistórico tardío (700 a 1600) (Boyd, 1996b, 1997a, 1997b, 1997d, 1997f; Boyd y Wilson 1996; Boyd *et al.*, 1997; Chandler y Kumpe, 1994; Chandler, 1996). Asimismo, se ha recolectado y vendido dentro de nuestro país una gran cantidad de puntas de proyectil correspondientes a diversos periodos de la historia precolombina de Texas, desde puntas Clovis, Folsom, Plainview, Angostura y Scottsbluff (Boyd, 1996a, 1997c, 1997e, 1997f; Chandler y Kumpe, 1997b) hasta puntas de flecha de metal del siglo XVIII (Chandler y Kumpe, 1997a).

En breve, aun cuando el área cuenta con gran riqueza de materiales diversos, los arqueólogos mexicanos sólo han podido encontrar una mínima cantidad de objetos debido a las precarias intervenciones realizadas hasta la fecha; en consecuencia, un estudio contribuiría de manera significativa al conocimiento de los grupos humanos que habitaron en el extremo noreste de México; sin embargo, como bien apuntan Martínez y Bader (2004), la investigación arqueológica en México ha privilegiado las áreas más desarrolladas culturalmente, como la maya, el Centro de México, Veracruz y Oaxaca, quedando las regiones del Norte, Occidente y la Huasteca rezagados en cuanto al conocimiento de su desarrollo cultural.

Cueva El Sáuz

La cueva en que se localizó la pintura rupestre se ubica en las coordenadas UTM 2976143N y 460417E, dentro del Rancho El Sáuz, al norte de la rivera septentrional del río Salado y 3 km al oeste del río Bravo (fig. 1). En un paisaje dominado por lomeríos bajos se levanta una serie de lomas pétreas, contrastando sus alturas cuando se está cerca de la cueva. Estas rocas son de origen sedimentario, mientras las unidades litológicas son de lutita-arenisca que datan del



● Fig. 1 Localización de la Cueva El Sáuz (tomado de INEGI, 1998, modificado).

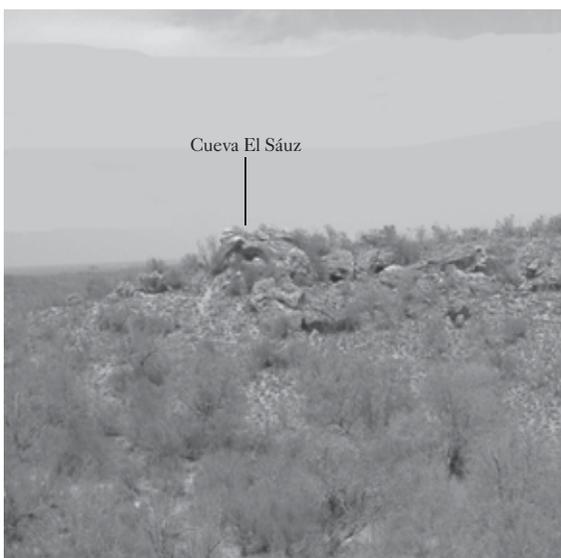
Paleoceno y el Eoceno (INEGI, 1983). Al ser una de las mayores lomas en el área, desde arriba de la cueva se puede tener gran visibilidad hacia tres puntos cardinales excepto al oriente, por contar con una loma de similar altitud, pero carente de abrigos rocosos y manifestaciones gráfico-rupestre (fig. 2).

La entrada de la cueva se ubica hacia el oeste, con pendiente abrupta hacia el mismo rumbo que genera un desnivel superior a 15 m en tan sólo 30 m de longitud. Varios metros hacia el sur, y sobre el mismo flanco, se localizaron otras tres pequeñas cuevas de difícil acceso; en la entrada no se encontraron evidencias de pintura rupestre ni de materiales arqueológicos; tampoco fue posible adentrarse en ellas, debi-

do a su reducida altura y al hecho de que diversas especies de ave habían hecho sus nidos ahí. A 300 m de la cueva se localizan varios arroyos de temporal, puesto que el río Bravo se encuentra a 3 km.

La cueva tienen 5.5 m de longitud por 2.2 de profundidad y 2 de altura; presenta una forma regular, aunque el techo presenta variaciones y por ello su altura en la parte media es de 1.55 m. Se formó gracias a la erosión y debilitamiento de grandes secciones del techo, lo cual provocó que éste se colapsara, formando parte de la cavidad de la cueva.

Las pinturas fueron plasmadas en las áreas recién expuestas y erosionadas; la principal se encuentra dentro de la cueva, y otras cerca de



● Fig. 2 Vista general de la Cueva (fotografía de Noé Fajardo Pérez).

la línea de goteo. Únicamente la pared del fondo y el techo contienen los diseños (fig. 3); aun cuando se trata del mismo tipo de roca, la superficie con las pinturas da la impresión de ser más suave que la correspondiente a los petrograbados, lo cual podría deberse a distintas causas: *a)* el panel para realizar la pintura fue desgastado para obtener una superficie más homogénea; es evidente una clara diferencia en la textura —más fina— en relación con las rocas usadas para los petrograbados, además de que el color es más claro; *b)* debido a la acción diferencial de los agentes del intemperismo, el interior de la cueva se ha conservado menos alterado que el exterior. Líquenes principalmente han invadido el exterior.

Al respecto, considero que la causa de tal diferencia en la superficie se debe al segundo de los factores señalados, pues la excavación de la parte sur de la cueva dejó expuestas rocas que se colapsaron del techo, así como dos paredes de la misma con características similares a la del panel que contiene la pintura.

El paisaje semidesértico se compone de matorral espinoso tamaulipeco y mezquite. Se puede apreciar una variedad de especies vegetales —agaves, acacias, nopales, tunas— y animales —víboras, conejos, liebres, venados,

etcétera—, sin dejar de mencionar los peces, moluscos y aves migratorias de los ríos Bravo y El Salado.

La pintura rupestre

En la pared del fondo de la cueva, cerca del techo, se encuentra una pintura en color rojo, compuesta de tres figuras antropomorfas y una zoomorfa; adicionalmente hay otras pequeñas pinturas con diseños geométricos o simétricos en color rojo-guinda, así como algunos petrograbados (fig. 4).

Dentro del nivel tecnológico,¹ las figuras antropomorfas y zoomorfa cubren apenas 85 cm de longitud y 30 cm de altura; todas fueron plasmadas con la misma técnica, colocando el pigmento directamente sobre la roca, al igual que una tiza, con un trazo que delinea cada una de las figuras que miran hacia la derecha, rumbo al sur.

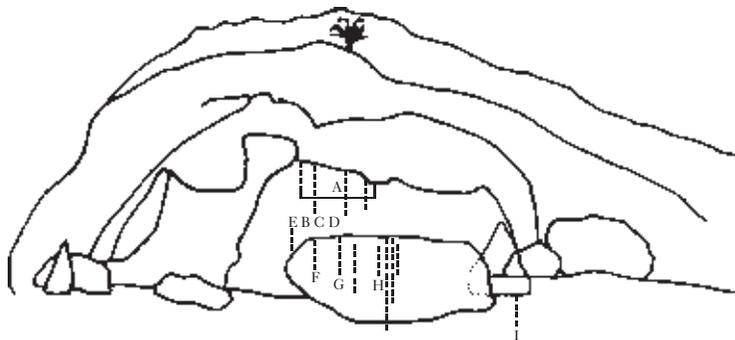
Figuras antropomorfas

En las figuras antropomorfas el trazo es rígido y no hay flexión en ninguna de las extremidades; sin embargo, en los tres casos la extremidad inferior izquierda está más arriba que la opuesta, en tanto la extremidad superior derecha es más corta que la izquierda; esto da a las figuras cierta perspectiva y movimiento; las extremidades superiores e inferiores aparecen bien señaladas, al igual que los pies, pero no así las manos. La cabeza está separada del cuerpo por una línea recta que corresponde al cuello; la primera está indicada por un óvalo o un rectángulo de esquinas redondeadas. En los tres casos el cuerpo está indicado por un rectángulo, cuya proporción con el resto de las partes corporales es adecuada; la cabeza y el cuerpo están rellenos con la misma técnica de la tiza. Brazos, piernas y pies están señalados por líneas rectas. Cada una de las figuras lleva un objeto entre las ma-

¹ Los niveles tecnológico y constructivo han sido retomados de González Arratia (2000), quien en principio los expone para los petrograbados, pero incluye igualmente la pintura rupestre.



● Fig. 3 Detalle de la cueva: a) escena de cacería, b) otros diseños (fotografía de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).



- A. Pintura rupestre. Escena de cacería.
- B. Pintura rupestre. Diseño en cruz.
- C. Pintura rupestre. Diseño en cruz.
- D. Pinturas rupestres. Diseño en cruz y punta de proyectil.
- E. Petrograbado individual.
- F. Grupo 1.
- G. Grupo 2.
- H. Grupo 3.
- I. Grupo 4.

● Fig. 4 Distribución de pinturas y petrograbados (dibujo de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).

nos, y fuera de estos elementos carecen detalles que permitan señalar alguna prenda de vestir, atavío o rasgos corporales y faciales. De izquierda a derecha, la primera figura porta un arco con una flecha; la segunda lleva una lanza o un báculo; sin embargo, como el extremo distal no está bien conservado, su forma es poco clara; la tercera figura ostenta una lanza o un báculo, y en los dos últimos casos éste aparece inclinado hacia adelante.

Figura zoomorfa

La figura zoomorfa fue delineada con la misma técnica, sólo que ahora se aprecia un trazo discontinuo. Las cuatro extremidades son rígidas y desproporcionadas en relación con el cuerpo. Como rasgo facial sólo se indicó el ojo; sobre la cabeza tiene una par de pequeños cuernos curvados hacia adentro, mientras la cola apenas está representada; la figura adquiere cierta perspectiva por la misma disposición de los elementos (fig. 5).

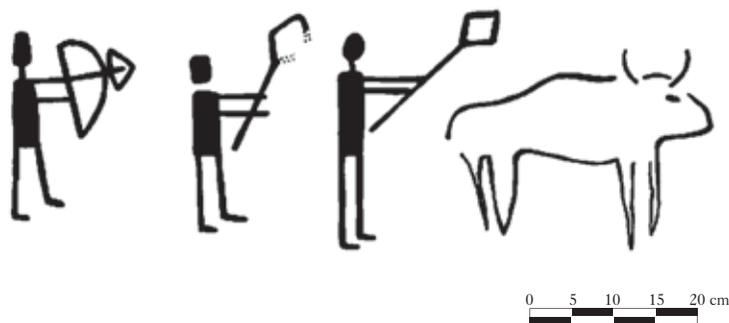
En conjunto se trata de una figura llena de realismo y esquematización al mismo tiempo; en ese sentido, Leroi-Gourhan (1990) señala que sobre el núcleo central, el cuerpo, se incorporaron los atributos para una identificación inequívoca, pero con el máximo de economía en su elaboración.

Dentro del nivel constructivo se puede observar que la pintura se realizó al centro de la cueva y hacia la parte superior de la altura de la misma, quedando los diseños a la altura de la cara. Entre las figuras se observa una regularidad de espacios vacíos, lo cual permite suponer que la representación ideológica ahí plasmada fue la única considerada en ese panel, pues ocupar el lugar central del espacio le confiere al mismo tiempo

una importancia para el grupo del que se deriva.

Los petrograbados y otros diseños

Otros diseños menos elaborados se localizaron en el techo de la cueva, cerca de la línea de go-teo; tres de ellos están pintados en color rojo-guinda y con una técnica distinta —tal vez pin-



● Fig. 5 Pintura rupestre en color rojo que representa una escena de cacería (dibujo de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).

cel—, ya que parecen corresponder a un estilo distinto. Estos diseños son tres “cruces” de trazo diferente; por el momento no pueden homologarse como resultado de una influencia evangelizadora, dado que carecen de características formales y contextuales, como se ha observado en sitios del sur de Coahuila (Turpin y Eling, 2006). Un cuarto diseño es una figura asimétrica en color rojo que evoca a una punta de proyectil o un cuchillo, y en la cual se utilizó la ya señalada técnica de la tiza delineando la forma (fig. 6).

Cuatro pequeños grupos de petrograbados, así como uno individual, fueron localizados en una gran roca frente a la entrada de la cueva y que originalmente formó parte del techo, pero en ningún caso están junto a las pinturas y aparecen separadas del panel. Los diseños son abstractos y geométricos —líneas paralelas, rejilla, una “flecha”—, y cada uno de los grabados tiene entre 1 y 2 cm de ancho, todos con la misma técnica de elaboración (fig. 7).

Datos sobre la excavación

Además de haberse registrado las manifestaciones gráfico-rupestres, se excavó en la parte sur de la cueva. Una de las dimensiones fue variable, debido a la forma que las paredes y el piso de la cueva adoptaban conforme se iba excavando; sin embargo, medía 2 m en el eje este-oeste por una longitud

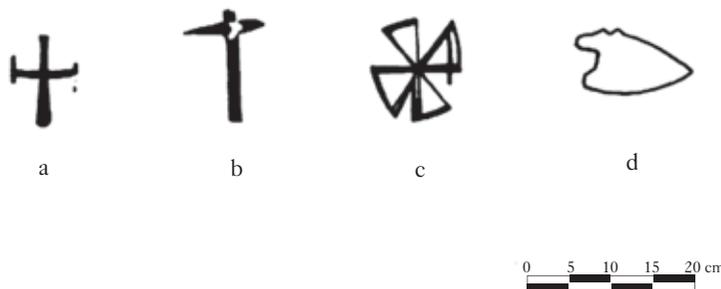
norte-sur de 1.5 a 2.5 m. La excavación se controló por niveles de cinco centímetros, dado que se trató de un solo estrato de textura arenosa (Valdovinos, 2006).

El conjunto de once niveles ofreció escaso material, sobre todo pequeñas lascas de adelgazamiento bifacial. En el nivel 3 (a 15 cm de profundidad) destacó un pequeño tiesto de color gris mate al exterior y naranja al interior, sin decoración; en el nivel 5 se encontr

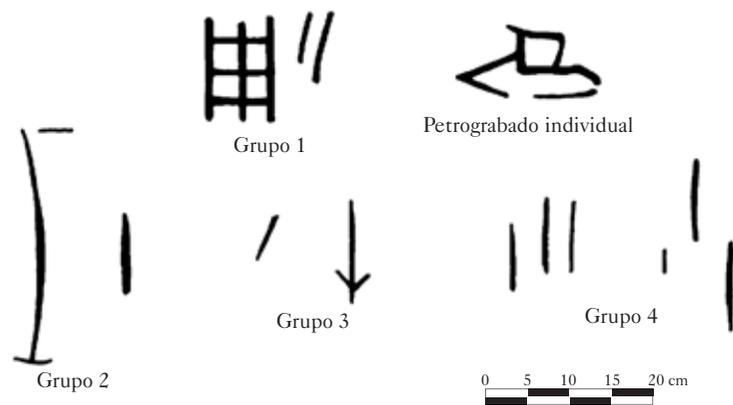
tró una moneda de un centavo de dólar de 1977; en el nivel 7 aparecieron las rocas colapsadas del techo. Para el nivel 9 (40 a 45 cm de profundidad) se recuperó un fragmento distal de punta de proyectil, uno basal —probablemente del tipo Toyah—, y una completa de morfología muy similar al tipo Caracara. Las dos últimas piezas se ubican cronológicamente entre el Prehistórico tardío y el Histórico (700-1700); a estas piezas también estaba asociado un fragmento de carbón, para el que se carece de fechamiento absoluto. En el último nivel (a 55 cm) la superficie resultó muy irregular y permitió corroborar que parte de la formación de la cueva se debió al colapso de grandes bloques irregulares del techo.

Contexto histórico y discusión

Con base en la información proporcionada por los documentos históricos, se sabe que la Co-



● Fig. 6 Pinturas rupestres: a)-c), técnica de pincel, diseños en cruz; d), técnica de tiza, diseño punta de proyectil (dibujo de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).



● Fig. 7 Petrograbados (dibujo de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).

lonia del Nuevo Santander correspondió al último territorio del norte de México que conquistaron los españoles gracias a José de Escandón, conde de Sierra Gorda, en 1748. A partir de entonces los indígenas serían perseguidos con mayor intensidad, hasta ser exterminados de manera paulatina como consecuencia del total fracaso de las misiones de indios, donde debían ser reducidos para su pacificación y posterior inserción a la vida colonial (Osante, 1997; Herrera, 1999; Ángeles, 2000; Velasco, 2000). Ya desde el siglo XVII hubo varios intentos para llevar la evangelización y colonización a las tierras del norte, a cargo del gobierno del Nuevo Reino de León, mismo que —con el argumento de estar en frontera de guerra con los chichimecas— desarrolló una política beligerante para extender sus territorios, dejando de lado los planes de evangelización. Con estas acciones la zona nuclear del reino se vio diezmada de indios y permitió a los encomenderos adentrarse hacia la costa del Seno mexicano, pasando por las orillas de los ríos Bravo y Conchos, y las faldas de la entonces Sierra de Tamaulipa hoy actual Sierra de San Carlos (Osante, 1997; Herrera, 1999; De la Torre, 1975).

Con el proceso de poblamiento también se introdujo ganado menor en las praderas; la conjunción del sistema de congregas (reparto de indios en encomiendas), la esclavitud y venta de indios llevó a su exterminio y a la invasión de sus territorios por parte de colonos y el ganado. Esto llevó a los diversos grupos de cazadores-recolectores a realizar distintos ataques

a las colonias establecidas, llegando a poner en riesgo la estabilidad del Nuevo Reino de León. Desde ese momento, y hasta que José de Escandón lograra la conquista, imperó un ambiente de constantes ataques de españoles y colonos contra los indios, quienes en respuesta saqueaban los poblados matando a varios de sus habitantes, al grado de que los rancheros de la región del río Bravo y Cerralvo se retiraron a territorios más seguros, y con ello la seguridad en

el Nuevo Reino de León nuevamente se tornaba incierta (De la Torre, 1975; Gerahrd, 1996; Osante, 1997; Herrera, 1999).

Este panorama arraigó cada vez más en los neoleonese la idea de conquistar a todas las tribus que habitaban las llanuras, fuera mediante su exterminio o mediante la celebración de convenios de paz. La colonización se realizaría con familias del Nuevo Reino de León, y a manera de estímulo recibir tierras e indios, extendiendo su dominio territorial hacia el este (De la Torre, 1975; Herrera, 1999).

Para 1741 se quería colonizar no sólo el Seno mexicano, sino que también se buscaba exterminar a los indios. Luego de que José de Escandón lograra pacificar la Sierra Gorda y refundara Tula y Jaumave en Tamaulipas, organizó una exploración al Seno mexicano. Con apoyo de la Junta de Guerra y Real Hacienda, del gobierno del Nuevo Reino de León y de los colonos, estas expediciones fueron financiadas y provistas con militares que lograron pacificar desde la Huasteca hasta Soto la Marina, por lo que muchas tribus huyeron hacia el norte del río Bravo. José de Escandón fundó también la Villa de Llera en 1748, estableciendo así la Colonia del Nuevo Santander, llamada así en honor a la provincia natal del militar y gobernador (Osante, 1997; Herrera, 1999; De la Torre, 1975).

Durante sus 20 años de gobierno Escandón erigió 21 poblaciones que hoy forman la base principal del estado de Tamaulipas, entre ellas las villas fronterizas de Laredo, Revilla (Antigua Ciudad Guerrero), Mier, Camargo y Reyno-

sa, todas fundadas con sus respectivas misiones entre 1749 y 1755. En dichas villas el número de indios congregados era muy variable, además de que no todos los de la región estaban reunidos ahí; y tal vez por ello los grupos indígenas atacaban con frecuencia dichas localidades (De la Torre, 1975; INAH, 1987; Osante, 1997). A principios del siglo XIX las incursiones de los indígenas decrecieron, pero aumentaron las de apaches, comanches y lipanes, grupos que a mediados del siglo XVIII se encontraban en el centro y norte de Texas, hacia el río Nueces y la población de Béjar. Entre 1810 y 1860 los poblados del norte de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y San Luis Potosí —por mencionar algunos— fueron atacados por apaches y comanches, principalmente, y su presencia en dichas regiones se debió a la persecución desatada por españoles, mexicanos y anglosajones desde los estados de California, Arizona, Nuevo México, Texas, Chihuahua y Sonora. Gracias a que estas tribus dominaron el uso del caballo y de las armas de fuego —sin dejar de usar el arco y la flecha— lograron abarcar grandes extensiones de terreno, por ello sus incursiones resultaban devastadoras y difíciles de frenar (Mirafuentes, 1989; Orozco, 1997; Herrera, 1999; Ángeles, 2000; Velasco, 2000).

Así, podemos ver que hasta finales del siglo XVIII los distintos gobiernos coloniales del Nuevo Reino de León y el Nuevo Santander realizaban ataques contra distintas bandas de origen autóctono, entre ellas la de los Cacalotes, Carrizos, Comecrudo, Cotonames, Garzas, Malnombre, Masacuajulam, Quemados, Tortugas, Tejones, Tareguanos y Venados (Saldívar, 1943; Campbell, 1988; Mirafuentes, 1989). En las fuentes y trabajos históricos hasta el momento se carece de referencias acerca de que estos grupos hayan incluido al caballo como parte de su cultura, situación que de haberse presentado no hubiera escapado a los ojos de conquistadores ni de los indígenas, dado que su representación ha sido señalada por Stresser-Péan (1990) para las pinturas del Risco de los Monos, en Tamaulipas; por Türpin y Eling (2007) para San José de las Piedras, y por Sayther y Stuart (1998) en La Lupe, Coahuila. La incorporación del ca-

ballo a la cultura de las tribus apaches, lipanes y comanches en las praderas de Coahuila y Texas durante los siglos XVIII y XIX es conocida por fuentes gráficas y documentales; esta primera observación permite suponer que la pintura de la cueva El Sáuz fue realizada por grupos que no incorporaron el caballo a su cultura.

Por otra parte, se tienen noticias de que en el Prehistórico tardío (700-1600) los cazadores-recolectores del centro, sur y este de Texas se daban a la cacería del bisonte. En el sitio Bonfire Shelter se encontraron evidencias del destazamiento de un gran número de bisontes; un estrato con restos óseos, varios de ellos quemados, permitió calcular en cerca de 800 los animales sacrificados. La excavación del sitio permitió fechamientos absolutos —por carbono 14— para ese estrato de 700-800 d. C. (Dibble, 1967: 27, 42-51, 73), fechas correspondientes al inicio del periodo Prehistórico tardío. La importancia de los bisontes en muchas regiones estaba relacionada con el abastecimiento de comida y pieles (Turner y Hester: 1999: 61; Steve Tomka, comunicación verbal, 2001) tal y como se puede observar en los resultados de las excavaciones de Dibble (1967). Incluso Cabeza de Vaca había señalado la importancia de estos animales en una vasta zona que puede ser identificada con las ya mencionadas para Texas: “Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España, tienen los cuernos pequeños como moriscas [ovejas], y el pelo muy largo... unas son pardillas, y las otras negras (...) De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse y de las mayores hacen zapatos y rodela... [estos animales] tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas (...)” (Cabeza de Vaca, 2003: 82-83).

En la Coahuila del siglo XVIII los comanches y lipanes se daban a la cacería del búfalo y bisonte; con el uso del caballo se hizo más eficiente la cacería de estos animales, además de que repercutió en el incremento de la guerra, pues al uso de lanzas, arcos y flechas añadieron además las armas de fuego.

Con base en los elementos representados en la pintura rupestre, así como en la información

de diversas fuentes documentales de carácter etnohistóricos, considero que la pintura rupestre de la cueva El Sáuz representa a un grupo de cazadores tras un bisonte y no la cacería de una vaca, como se ha sugerido inicialmente (Ramírez, 2007: 83 y fig. 20). Los cazadores no parecen ser grupos autóctonos a la región, pues tanto apaches y comanches como lipanes aparecieron con el caballo y las armas de fuego, elementos ausentes en la pintura; sin embargo, dada la gran importancia que tuvieron para esa cultura, ambos elementos difícilmente pudieron ser pasados por alto, pues en varias pinturas del foco del río Pecos (Kelley, 1968), así como en San José de las Piedras (Turping y Eling, 2006) y el sitio La Lupe (Sayther y Stuart, 1998), Coahuila, sí están representados y son indicadores del periodo histórico.

El estilo de la pintura es distinto al de las localizadas en Texas, particularmente en los abrigos y cuevas del río Pecos. Las pinturas Estilo Pecos se caracterizan, entre otros puntos, por ser policromas y ocupar paneles de grandes dimensiones; por las representaciones de figuras humanas y animales como venados, peces y probablemente búfalos, y por escenificar cacerías y actividades de pesca como parte de su economía de subsistencia (Grieder, 1966). El Estilo Pecos ha sido ubicado cronológicamente con base en siete puntos relacionados con la superposición de diseños, la relativa nitidez, localización en el abrigo y el tamaño del mismo, el tamaño de la composición, policromía y elementos artísticos usados (líneas, ángulos, formas); dado que estas pinturas fueron realizadas en cuevas de uso habitacional, el fechamiento por radiocarbono de los materiales asociados es de 8 350 a. C.-6 700 a. C. (Grieder, *op. cit.*: 714). Estas fechas se ubican entre el Paleoindio tardío y el Arcaico medio, y en sus representaciones destaca la ausencia del arco y flecha (*ibidem*: 717; Kelley, 1968: 74) mas no del átlatl y los dardos (*idem*), artefactos que antecedieron a los primeros y en algún momento coexistieron (Avelleyra, 1956). En las pinturas monocromas de menor tamaño superpuestas a las del Estilo Pecos sí encontramos representaciones de ar-

cos y flechas en varios casos; este factor, junto con la ubicación de las pinturas en el panel y el tamaño de los diseños, ha llevado a considerar ese estilo posterior al Pecos (Grieder, *op. cit.*: 1966; Kelley, *op. cit.*). De acuerdo con Kelley, se trata de un estilo más naturalista —o realista— en tanto presenta una mejor proporción entre las figuras humanas y zoomorfas; además, con frecuencia las pinturas son sólidas y muestran escenas de cacería de venados (Kelley, *op. cit.*: 74).

Las pinturas localizadas en las inmediaciones de la Presa de la Amistad, Coahuila, son similares a las del Estilo Pecos (González Rul, 1990: 125) y probablemente se trata de dos estilos, ya que hay dos figuras humanas de tamaños muy distintos y la más pequeña porta un arco. En el sitio Picos de Piedra I y II, noreste de Coahuila, las pinturas no representan de manera clara figuras antropomorfas, además de ser bicolors y mostrar un estilo diferente (Valdovinos 2002; Ramírez, *et al.*, 2003), más parecido al estilo Chiquihuitillos del noreste de Coahuila, noroeste de Nuevo León y oeste de Tamaulipas, en la región de Burgos (Radillo, 2007). Las pinturas de Cueva Ahumada, Nuevo León, son consideradas del periodo Arcaico (Clark, 1965), y en cuanto a su forma corresponden al estilo Chiquihuitillos (Radillo, *op. cit.*). En el noroeste de Coahuila, Sayther y Stuart identificaron el estilo La Linda, que se distingue por su policromía (Sayther y Stuart, 1998: 28-31). En el semidesierto queretano, en la región centro-norte del país, las manifestaciones rupestres de los recolectores-cazadores pueden agruparse en cinco estilos diferentes, observando temáticas diversas en función de la cosmovisión de cada sociedad. Las escenas de cacería han sido identificadas a partir de pinturas que muestran una figura antropomorfa que porta un arco, y frente a ella se encuentra una figura zoomorfa identificada como un venado (*ibidem*: 58 y fig. 7). Estas interpretaciones se basan en el estudio comparativo y regional de un importante registro pictórico en el estado.

La pintura de la cueva El Sáuz difiere de las pinturas estilo Pecos y de las superpuestas a ellas, así como también son diferentes a las de

estilo Chiquihuitillos,² estilo La Linda y a las del semidesierto queretano (fig. 8). Diferencias notables son claras por igual entre esta pintura y las del Risco de los Monos (Stresser-Péan, 1990), La Peñita, Cueva de las Puertas, el Cañón de Santa Olaya, Tamaulipas (Ramírez, *et al.*, 2006; Ramírez, 2007b; Radillo, 2007), San José de las Piedras (Turpin y Eling, 2006) y La Lupe (Sayther y Stuart, 1998), en Coahuila. En el sitio 219, registrado en el Salvamento Arqueológico Corindón Reno Sur 3D—a poco más de 10 km al sur de la cueva (Ramírez *et al.* 2006)—se encontraron pinturas rupestres y petrograbados dentro de pequeñas cuevas no habitacionales, y algunos diseños antropomorfos corresponden al mismo estilo, técnica y color de la pintura registrada en la cueva El Sáuz.

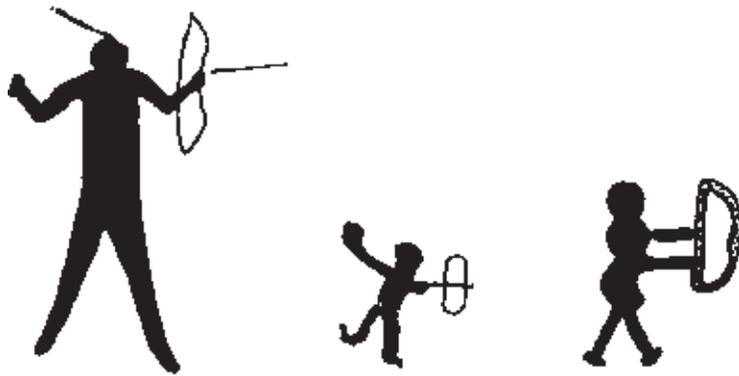
Al considerar únicamente la información que ofrece la pintura, puede afirmarse que debió plasmarse entre 500 y 1600, tanto por la representación de arco y flecha como por la ausencia de elementos culturales hispanos. Se sabe que el arco y la flecha aparecieron entre 500 y 1000 (Aveleyra, 1956; Turner y Hester, 1999) y perduraron hasta la primera mitad del siglo XVIII.³ Por sí mismo dicho elemento ya ofrece una temporalidad relativa de 500 a 1700. Si aceptamos que la figura zoomorfa representada corresponde a un bisonte, sabemos que estos animales vivieron en las praderas del sur de Texas y el noreste de México en dos periodos distintos: el Paleoindio (9 000-6 000 a. C.) y el Prehistórico tardío-Histórico (700-1800) (Turner y Hester, 1999; Tomka, comunicación verbal, 2001; Ángeles, 2000; McGraw, 1983; Dibble, 1967), lo que nuevamente nos remite a la introducción del arco y la flecha. Por otro lado, los documentos históricos refieren que los primeros intentos por colonizar lo que hoy es el estado de Tamaulipas se dieron a partir del siglo XVII, y que dichas campañas llegaron incluso hasta las riveras del río Bravo; para entonces todo el equilibrio

entre el medio físico y los cazadores-recolectores del área estaba seriamente alterado, debido a la ocupación de espacios tanto por la población como por el ganado. Bajo estas condiciones, y gracias al comercio de las pieles de bisontes, me parece difícil que una pintura rupestre haya sido plasmada por los indígenas en tales circunstancias y sin contener elementos ajenos a su cultura, o bien de aquellos que incorporaron más tarde, como el uso del caballo y las armas de fuego. En consecuencia, es más probable que la cueva haya sido un espacio donde los cazadores-recolectores plasmaron una escena ritual relacionada con la cacería del bisonte como animal de gran importancia para su subsistencia. De sus excavaciones en el abrigo rocoso de Bonfire, condado de Val Verde, Texas, cerca de la confluencia del río Pecos con el Bravo, Dibble (1967) concluyó que la cacería del bisonte tuvo lugar durante un lapso de tiempo muy corto y comprendió el inicio del periodo Prehistórico tardío, cuando se contaba con un clima más templado.

La evidencia arqueológica recuperada dentro y fuera de la cueva El Sáuz sugiere una ocupación del sitio durante el periodo Prehistórico tardío (700-1600), pues tanto a un costado como dentro del abrigo rocoso se encontraron dos puntas de proyectil—además de una punta completa a 45 cm de profundidad—que corresponden a los tipos Starr y Perdiz. Otra punta no pudo ser identificada—quizá del tipo Caracara—, pero sus atributos permiten fecharla también para el Prehistórico tardío (fig. 9) (Valdovinos, 2006), ya que por “su reducido tamaño y poco peso—que las identifica sin duda alguna como verdaderas ‘puntas de flecha’ lanzadas en el extremo de una vara o asta por medio del arco—, y su limitado margen cronológico bien establecido (...) no aparecen en Norteamérica sino hasta después del año 500 d. C. extendiéndose hasta la Colonia” (Aveleyra, 1956a: 69). En otros sitios del área se han localizado puntas de proyectil, de estos y otros tipos, correspondientes al periodo señalado (Pérez, 2001; Valdovinos, en preparación); por otro lado, debemos recordar que las incursiones de los texanos han resultado en piezas similares y contemporáneas

² Localizado en los sitios Cueva Ahumada, La Morita I, La Morita II, Las Brujas, Las Letras y La Ventana, Nuevo León, así como en Santa Olaya I, II y III, en Burgos, Tamaulipas (Radillo, 2007).

³ Aveleyra (1956) menciona el 500 d. C., en tanto otros investigadores indican con mayor frecuencia el 1000 d. C. (Turner y Hester, 1999, entre otros).



a b c

- Fig. 8 Pinturas de cazadores: a) cañón pintado del Rancho Zuberbueller, Texas, foco del río Pecos (redibujado de Kelly, 1968); b) Sitio CM 203, Presa de La Amistad, Coahuila (redibujado de González Rul, 1990); c) Estilo Policromo Victoria, Querétaro (redibujado de Viramontes, 2005); (dibujos de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).

a las encontradas en la cueva El Sáuz (Boyd, 1997c, 1997f).

Además de las puntas de proyectil ya mencionadas, en dicho sitio se encontraron también algunos desechos de talla (Valdovinos, 2006). En relación con las primeras, se han localizado puntas tipo Starr y Toyah en la cueva de la Zona de Derrumbes, con fechas de 750-1200 d. C. (Valadez, 1999: tabla 15); en La Calsada se encontraron ambos tipos de puntas, así como otros artefactos del Periodo V y con datas de 1000 a. C.-1350 d. C. (Valadez, *ibidem*: tabla 17); en Cueva Ahumada se reportan artefactos similares para el Periodo IV, cuya data mediante carbono 14 es de 1500 a. C.-1500. Estos amplios periodos tornan un tanto difícil la comparación de materiales como los señalados; sin embargo, abarcan el periodo Prehistórico tardío y en términos generales vuelven a remitirnos a la aparición del arco y la flecha.

De acuerdo con González Rul (1990), la punta tipo Perdiz es diagnóstica en cuanto a cronología, data de 1200-1500 (González Rul, *op. cit.*: 143; Suhm, Krieger y Jelks, 1954) y su filiación cultural corresponde al área de Trans-Pecos o Bajo Pecos, en Texas (González Rul, *ibidem*: 141; Turner y Hester, 1999). Por otro lado, la punta tipo Starr es más común para el foco Brownsville, aunque también hay ejemplares en otras áreas del sur de Texas y el noreste de México

(Suhm, Krieger y Jelks, *op. cit.*: 287). Entre los siglos XIII y XVI en esta última región hubo un cambio climático que derivó en grandes sequías. González Rul (1990) considera que el área de la Presa de la Amistad ya estaba virtualmente deshabitada para el periodo Neo-americano (1000-1600); sin embargo, las fuentes y la evidencia arqueológica indican que tal situación parece haber sido más paulatina hacia el área de la Presa Internacional Falcón, debido a la mayor disponibilidad de recursos.

Hasta el momento no hay datos históricos anteriores al siglo XVIII que refieran el uso de lanzas

entre las bandas de la región; y si tal referencia existe para apaches, comanches y lipanes, no se descarta que exista igualmente para las bandas encontradas por los españoles en el norte de Tamaulipas y que, tal como sucedió con muchos otros artefactos, pudieron no haber sido registrados —siendo ésta una labor de la arqueología—.⁴ Por ello es posible que varios de los artefactos que clasificamos como grandes cuchillos bifaciales (Valdovinos *et al.*, 2006) correspondan en realidad a puntas de lanza; no obstante, por ahora se trata de una mera hipótesis que requiere de estudios más detallados.

En síntesis, la información que proporciona la misma pintura, junto con los datos que nos brindan las fuentes históricas, etnohistóricas y la evidencia arqueológica, permite sugerir que la pintura rupestre fue creada entre 700 y 1600, evidenciando con ello que la subsistencia de los grupos de cazadores-recolectores nómadas se debía en buena parte a la existencia del bisonte en el área, y cuya presencia podía descubrirse

⁴ Las investigaciones en cueva La Candelaria dieron la oportunidad de conocer varios aspectos de los grupos que habitaron la Comarca Lagunera, como costumbres funerarias y artefactos de piedra, madera, textil y hueso de los que no dan cuenta las fuentes (González Arratia, 1999). En el sitio Chiquihuitillos, Nuevo León, Turpin, Eling y Valadez (1998: 110) reportaron varias figuras pintadas que representan cuchillos enmangados como los recuperados en la cueva mortuoria de La Candelaria, Coahuila.

desde la parte alta de la loma donde se localiza la cueva. En consecuencia, se trataba de un sitio importante no sólo como espacio idóneo para que el chamán pudiera representar gráficamente una escena de cacería, sino también como un lugar sagrado debido a la topografía inusual, desde el que podía observarse la llegada del bisonte al área. De acuerdo con Dibble (1967), el bisonte reapareció en el área de confluencia de los ríos Pecos y Bravo entre 700 y 800 d. C.; sin embargo, luego de un breve lapso en el que llegaron varias manadas desde el norte, cuyo uso como fuente alimenticia quedó evidenciado en un amplio estrato, no se tiene evidencia material de la presencia de este animal entre los vestigios de ocupación del abrigo Bonfire durante el Prehistórico tardío. Entre dichos materiales destaca un fragmento medial, suficiente para ser identificado como parte de una punta tipo Perdiz. Por lo anterior, dicha pintura podría aludir a un momento presente —cuando se plasmó la escena de la cacería—, o bien una representación del pasado para ese grupo social, donde el bisonte representaría la reproducción de la vida material en tanto aseguraba la fuente alimenticia. Esta hipótesis se robustece al considerar que en sitios aledaños al abrigo Bonfire no es común encontrar huesos de bisonte —o representaciones de este animal en pinturas rupestres— (Dibble, *op. cit.*: 71), por lo que durante un breve tiempo llegó a tener gran importancia para la dieta de esos grupos de cazadores-recolectores de la región, como muestra la abundancia de restos óseos de bisonte en las inmediaciones del abrigo rocoso. En el área de la Presa de la Amistad, en Val Verde, Texas, Grieder registró un elemento gráfico semejante a un bisonte, mas no corresponde a ninguno de los estilos conocidos (Dibble, *ibidem*; Grieder, *op. cit.*: 718).

El carácter habitacional de la cueva El Sáuz se ha descartado al no haberse localizado evidencia alguna de fogones, áreas de actividad relacionadas con la talla, preparación y consumo de alimentos, artefactos diversos que señalaran la práctica de actividades de subsistencia, restos orgánicos, concentraciones de huesos de animal, morteros excavados en la roca, en-

tierros humanos, etcétera. Dichos elementos han sido reportados en cuevas con claras evidencias de ocupación, entre ellas Cueva Ahumada, Cueva de la Zona de Derrumbes, La Calzada (Valadez, 1999; Corona, 2004) y La Morita II (Valadez, 2007) en Nuevo León.

La escasez o ausencia de materiales en otros sitios con pinturas rupestres y petrograbados —Picos de Piedra I y II, Santa Olaya I, II y III, sitio 219 del Proyecto Corindón Reno Sur— parece conferir a estos espacios un carácter sagrado, cuya función primordial fue la representación de una escena ritual de acuerdo con su cosmovisión, y mediante la transformación del entorno natural en espacio sagrado (Valdovinos, 2002; Ramírez *et al.* 2003; Ramírez 2007b; Radillo, 2007). Dado que es necesario estudiar las otras pinturas y petrograbados de la cueva, la interpretación podría enriquecerse todavía más. Por otro lado, debido a los cambios climáticos ocurridos entre los siglos XIII y XVI (González Rul, 1990), y de acuerdo con investigadores como McGraw (1983: 92), en el Prehistórico tardío pudo haberse dado una mayor movilidad de estos grupos que se explicaría por la cacería de bisontes, lo cual no sucedía en el periodo anterior (Valdovinos, en preparación). Esta disminución en los periodos de permanencia implicó cambios cualitativos y cuantitativos en el modo de vida semi-sedentario del periodo Arcaico. Según Martín Salinas (2007), entre los periodos Prehistórico tardío e Histórico en el bajo río Bravo habitaron grupos sedentarios de cazadores y recolectores. Este planteamiento, por demás controvertido, no dejaría fuera la importancia que el bisonte pudo tener para la vida de los grupos que habitaron el área de la Presa Falcón. Hacia el periodo Histórico la cacería del bisonte pudo acrecentarse entre las tribus de apaches, comanches y lipanes, quienes habían llegado al norte de Tamaulipas desde el siglo XVIII.

Bibliografía

- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis
1951. "Reconocimiento arqueológico en la Zona de



● Fig. 9 Puntas de proyectil localizadas en la Cueva El Sáuz: a) punta de flecha no identificada, b) punta de flecha tipo Perdiz (dibujo de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).



● Fig. 10 Pintura rupestre del periodo Prehistórico tardío (fotografía de Víctor Hugo Valdovinos Pérez).

la Presa Internacional Falcón, Tamaulipas y Texas”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XII.

1956a. “Los materiales de piedra de la Cueva de la Candelaria y otros sitios en el Bolsón de las Delicias”, en *Memorias del INAH*, vol. I, núm. 1, pp. 57-107.

1956b. “La cueva de Paila, cercana a Parras, Coahuila”, en *Memorias del INAH*, vol. I, núm. 1, pp. 167-202.

• Aveleyra Arroyo de Anda, Luis; Manuel Maldonado-Koerdell y Pablo Martínez del Río
1956. *Memorias del INAH*, vol. I, núm. 1.

• Boyd, James Bryan
1996a. “A Bedrock Mortar and Metate Site on the Rio Grande, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra*.

Journal of the Southern Texas Archaeological Association, vol. 23, núm. 2, pp. 17-23.

1996b. “The Arroyo Diablo Burial, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 23, núm. 4, pp. 42-45.

1997a. “A Rock Alignment at Al Punto Final, an Archaic Site in Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 1, pp. 32-36.

1997b. “Ornamental Artifacts from the Cardinal Site Rio Salado, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 1, pp. 47-50.

1997c. “Arrow Points from the Rincón de los Indios on the Rio Salado, Tamaulipas, Mexico”, en

La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association, vol. 24, núm. 4, pp. 44-48.

1997d. “Two Sandstone Abrading Stones from the Lower Rio Grande, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 4, pp. 30-33.

1997e. “Scottbluff Points from South Texas and Northeastern Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 3, pp. 39-??.

1997f. “A Clifton/Perdiz Atelier on the Rio Salado, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 4, pp. 5-10.

• Boyd, James Bryan y Diane E. Wilson
1996. “A Prehistoric Burial from the Rio Grande Drainage, Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 23, núm. 3, pp. 13-17.

• Boyd, James Bryan; Diane E. Wilson, Thomas R. Hester y Timothy Perttula
1997. “Southern Island, a Prehistoric Cemetery Site in the Falcon Reservoir, Tamaulipas, Mexico”, en *Bulletin of the Texas Archeological Society*, vol. 68, pp. 387-425.

• Cabeza de Vaca, Álar Núñez
2003. *Nafragios y comentarios* (edición de Roberto Ferrando), Madrid, Dastin Historia (Crónicas de América).

• Campbell Nolan, Thomas
1998. “The Coahiltecan and Their Neighbors”, en *The Indians of Southern Texas and Northeastern Mexico: Selected Writings of Thomas Nolan Campbell*. Austin, University of Texas Press, pp. 39-59.

• Cason, Joe F.
1952. “Report on Archaeological Salvage in Falcon Reservoir, Season 1952”, en *Bulletin of The Texas Archeological and Paleontological Society*, vol. XXIII, pp. 218-259.

• Chandler, C. K.
1996. “Stone Pipes from Falcon Reservoir”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 23, núm. 2, pp. 44-47.

• Chandler, C. K. y Don Kumpe
1997a. “Metal Arrow Points from South Texas and Tamaulipas, Mexico”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 4, pp. 38-41.

1997b. “Early Paleo Ponits from the Falcon Lake Area of Tamaulipas, México and South Texas”, en *La Tierra. Journal of the Southern Texas Archaeological Association*, vol. 24, núm. 1, pp. 51-54.

• Clark, John W.
1965. “Art at Cueva Ahumada, Rinconada, Nuevo León México”, en *Katunob*, vol. V, núm. 4, pp. 4-6.

• Corona Jamaica, Gloria Cristina
2001. “Cueva Ahumada. Un sitio arcaico en la Sierra Madre Oriental”, tesis, México, ENAH-INAH.

• De la Rosa Gutiérrez, Yuri
2006. “El Centro INAH Coahuila y sus interacciones: el caso Pronatura Noreste”, en Seminario de Arqueología del Norte de México, México, Museo Nacional de Antropología.

• De la Torre, Toribio *et al.*
1975. *Historia general de Tamaulipas*, Ciudad Victoria, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Autónoma de Tamaulipas.

• Dibble, David S.
1967. *Bonfire Shelter: A Stratified Bison Kill Site, Val Verde Conty, Texas. Part I*, Austin, The Texas Memorial Museum (The Archeology Miscellaneous Papers, 1).

• Gerhard, Peter
1996. “Nuevo Santander”, en *La frontera norte de la Nueva España*, México, IIH-UNAM (Serie Espacio y Tiempo, 3), pp. 441-453.

• González Arratía, Leticia
1999. *Museo regional de la Laguna y la Cueva de la Candelaria*, México, Conaculta-INAH.

2000. “El estudio de los petroglifos: un enfoque arqueológico”, en Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords.), *Arqueología, historia y antropología. In memoriam José Luis Lorenzo Bautista*, México, INAH (Científica), pp. 45-56.

2006. *La exploración de Edward Palmer en varias cuevas mortuorias en Coahuila en el siglo XIX*, México, INAH (Regiones de México).

- González Rul, Francisco
1990. *Reconocimiento arqueológico en la parte mexicana de la presa de la Amistad*, México, INAH (Científica, 203).
- Grieder, Terence
1966. "Periods in Pecos Styles Pictographs", en *American Antiquity*, vol. 31, núm. 6, pp. 710-720.
- Hartle, Donald D. y Robert L. Stephenson
1951. *Archaeological Excavations at the Falcon Reservoir, Starr County, Texas*, Washington, D.C., Smithsonian Institution (River Basin Surveys).
- Herrera, Octavio
1999. *Breve historia de Tamaulipas*, México, El Colegio de México/FCE.
- INEGI
1983. *Síntesis Geográfica del Estado de Tamaulipas*, México, INEGI.

1998. *Carta Topográfica Reynosa, G14-5*. Tamaulipas y Nuevo León, Escala 1: 250 000.
- Kelley, Charles
1966. "Atlats, Bows and Arrows, Pictographs, and the Pecos River Focus", en *American Antiquity*, vol. XVI, pp. 71-74.
- Leroi-Gourhan, André
1990. "El lenguaje de las formas", en María del Pilar Casado (comp.), *El arte rupestre en México*, México, INAH (Antologías, Serie Arqueología), pp. 17-60.
- McGraw A., Joachim
1983. *Arroyo de los Muertos and Other Prehistoric Terraces Sites Along the Rio Grande, Laredo, Texas*, Austin, The University of Texas Press/Center for Archaeological Research (Archeological Survey Report, 106).
- Martínez Muriel, Alejandro y Cipactli Bader Rentería
2004. "Dos décadas de arqueología en México", en *Estudios Mexicanos*, vol. 20, núm. 2, pp. 187-220.
- Mirafuentes Galván, José Luis
1989. *Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México (1680-1821). Guía documental I*. México, IIH-UNAM.
- Orozco, Víctor
1997. "Los apaches: una nación indomable", en Beatriz Braniff (coord.), *Papeles norteños*, México, INAH (Científica 363, Serie Antropología Social), pp. 121-145.
- Osante, Patricia
1997. *Orígenes del Nuevo Santander 1748-1772*, México, IIH-UNAM/Universidad Autónoma de Tamaulipas.
- Parra Martínez, Carlos Noé
1998. "Gasoducto Ciudad Mier, Tamaulipas-Monterrey, Nuevo León", mecanoescrito, México, Archivo Técnico del INAH.
- Pérez Silva, Carlos Vanueth
2001. "Salvamento arqueológico Tamaulipas Velero-Jaujal", en *Actualidades Arqueológicas*, núm. 25, pp. 28-30.

2002. "Artefactos líticos de la Presa Internacional Falcón, Tamaulipas", ponencia presentada en la V Conferencia de Arqueología de la Frontera Norte, Museo de las Culturas del Norte, Casas Grandes, Chihuahua, 27-29 de junio.
- Radillo Rolón, Diana Paulina
2007. "Tatuajes en las rocas. El lenguaje rupestre Chiquihuitillos en la región de Burgos, Tamaulipas", ponencia presentada en el Tercer Coloquio Internacional sobre el Noreste de México y Texas, Matamoros, Tamaulipas, 24-26 de octubre.
- Ramírez Castilla, Gustavo Alberto
1999. "Salvamento arqueológico Velejo-Jaujal", mecanoescrito, Archivo Técnico del INAH-Centro INAH Tamaulipas.

2003. "Una propuesta tipológica de sitios arqueológicos para el noreste de México", ponencia presentada en el Primer Coloquio sobre el Noreste de México, Saltillo, Coahuila, Universidad Autónoma de Coahuila/INAH, 6-9 de octubre.

2007a. "Relaciones entre paisaje, uso y antigüedad en algunos sitios arqueológicos del noreste de México", en Alejandro Martínez Muriel, Alberto López Wario, Oscar J. Polaco y Felisa J. Aguilar (coords.), *Anales de Arqueología 2005*, México, INAH.

2007b. *Panorama arqueológico de Tamaulipas*, Ciudad Victoria, Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes.

• Ramírez Castilla *et al.*

2003. “Salvamento arqueológico L.T. Río Escondido-Arroyo Coyote. Tramos Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Informe Técnico Parcial 1. Tipología de sitios”, mecanoscrito, México Archivo Técnico del INAH.

2006. “Nuevos aportes en la arqueología de Tamaulipas”, Seminario de Arqueología del Norte de México, México, Museo Nacional de Antropología.

2006. “Rescate arqueológico Corindón Reno Sur 3D, municipio de Guerrero, Tamaulipas”, mecanoscrito, Ciudad Victoria, Centro INAH-Tamaulipas.

• Rivera Estrada, Araceli

2007. “Evidencias de arquitectura de piedra de ocupación prehistórica en Nuevo León”, en *Memoria del Seminario de Arqueología del Norte de México*, México, INAH-Centro INAH Sonora, pp. 46-57.

• Romano Pacheco, Arturo

2005. *Los restos óseos humanos de la Cueva de La Candelaria, Coahuila. Craneología*, México, INAH (Científica, 427).

• Romano Pacheco, Arturo *et al.*

2005. *Catálogo gráfico de los cráneos de la cueva de La Candelaria*, México, INAH (Científica, 478).

• Saldívar, Gabriel

1943. *Los indios de Tamaulipas*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

• Salinas, Martín

2007. “Sedentarismo en las adaptaciones de los cazadores y recolectores del Bajo Río Bravo”, ponencia presentada en el Tercer Coloquio Internacional sobre el Noreste de México y Texas, Matamoros, Tamaulipas, 24-26 de octubre.

• Sayther, Terry y Deborah Stuart

1998. “Rock Art of Coahuila: Pictographs of the La Linda Area”, en *The Journal of Big Bend Studies*, vol. 10, pp. 25-35.

• Serrano, Carlos; Mireya Montiel y Gustavo Ramírez Castilla

2006. “Análisis osteológico de un entierro del norte de Tamaulipas del Arcaico tardío”, mecanoscrito.

• Stresser-Péan, Guy.

1990. “Pinturas rupestres del Risco de los Monos. Situación del acantilado. San Antonio Nogalar”, en María del Pilar Casado (comp.), *El arte rupestre en México*, México, INAH (Antologías, Serie Arqueología), pp. 587-610.

• Suhm, Dee Ann y Eduard B. Jelks

1962. *Handbook of Texas Archeology: Type Descriptions*, Austin, The Texas Archaeological Society/The Texas Memorial Museum.

• Suhm, Dee Ann; Alex D. Krieger y Eduard B. Jelks

1954. *An Introduction Handbook of Texas Archeology*. Volume 25, Abeline, Archeological and Paleontological Society.

• Turner, Ellen Sue y Thomas R. Hester

1999. *Field Guide to Stone Artefacts of Texas Indians*, Houston, Gulf Publishing Company (Texas Monthly Field Guide).

• Turpin, Solveig A. y Herbert H Eling Jr.

2007. “El choque de dos culturas en el arte rupestre de Coahuila”, en *Memoria del Seminario de Arqueología del Norte de México*. México, INAH-Centro INAH Sonora, pp. 222-229.

• Turpin, Solveig A.; Herbert H. Eling Jr. y Moisés Valadez Moreno

1998. “Toward the Definition of a Style: The Chiquihuitillos Pictographs of Northeastern Mexico”, en Sheron Smith-Savage y Robert J. Mallouf (eds.), *Rock Art of the Chihuahuan Desert Borderlands*, Alpine, Sul Ross State University/Texas Parks and Wildlife Department (Center for Big Bend Studies, 3), pp. 105-116.

• Valadez Moreno, Moisés

1999. *La arqueología de Nuevo León y el noreste*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.

2007. “Las ocupaciones tempranas de ‘La Morita II’”, ponencia presentada en el Tercer Coloquio Internacional sobre el Noreste de México y Texas, Matamoros, Tamaulipas, 24-26 de octubre.

- Valdovinos Pérez, Víctor Hugo
2002. “Avance sobre los trabajos del Salvamento Arqueológico Río Escondido-Arroyo Coyote”, ponencia presentada en la V Conferencia de Arqueología de la Frontera Norte, Museo de las Culturas del Norte, Casas Grandes, Chihuahua, 22-27 de junio.

2006. “Informe técnico de excavación, sitios 219, 242 y 722. Rescate Arqueológico Corindón Reno Sur 3D, municipio de Guerrero, Tamaulipas”, mecanoescrito, Ciudad Victoria, Centro INAH-Tamaulipas.

En preparación. “¿Semisedentarismo o nomadismo? Los recolectores-cazadores de la confluencia de los ríos Salado y Bravo”, tesis, México, ENAH-INAH.

- Valdovinos Pérez, Víctor Hugo *et al.*
2006. “Salvamento Arqueológico Corindón Reno Sur, Guerrero, Tamaulipas. Informe técnico: clasificación y análisis del material lítico”, mecanoescrito, Ciudad Victoria, Centro INAH-Tamaulipas.

- Velasco Ávila, Cuauhtémoc
2000. “Nuestros obstinados enemigos: ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noreste mexicana, 1821-1840”, en Marie-Areti Hers *et al.* (eds), *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, IIA/IIIE/IIH-UNAM, pp. 441-460.

- Viramontes Anzures, Carlos
2005. “Las representaciones rupestres antropomorfas en la cosmovisión de las sociedades de recolectores cazadores de Querétaro”, en Aurora Castillo Escalona (comp.), *Otopames*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, pp. 47-77.

